

\$1500
\$1000

100 por



Pedro Antonio Marin
Alias Manuel Marulanda, Tiro Fijo

\$1.000



Dr:

BAD



Jorge Briceño Suárez
Alias: Mono Jojoy

as Rodríguez Gualista
Alias: Gabillo



Rodrigo Londoño
Alias: Timochenko



Luciano Marin Arango
Alias: León Marquet

Para cualquier
o la cap...

980
Se par...

la confuza
escriba al
50

3430

el exterior

H.N.
Antonio García

H.N. Ali
Efran Guzmán

NCEJO APARTADO
1995 - 1997

LOME CATANO
Boza de lista

GUSTAVO LOAIZA
Segundo penglón

LA VIOLENCIA Y LA PARANOIA EN LAS MEMORIAS DE UN SUBOFICIAL DEL EJERCITO DE COLOMBIA¹

ALBERTO VALENCIA GUTIÉRREZ

¹ Este texto hace parte de un estudio más largo que aparecerá en forma de libro como "Violencia": la violencia y la Paranoia. Su autor es profesor del Departamento de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle, Cali.



LA ÉPOCA DE LA VIOLENCIA

La Violencia es el nombre que se utiliza en la vida cotidiana de Colombia para referirse a una época de la historia del país, alrededor de los años 1945-1965, en la que la mayor parte de la población, sobre todo de las zonas rurales, se enfrentó en un conflicto sangriento a nombre de los dos partidos políticos tradicionales del país.

El número de víctimas nos da testimonio de la amplitud del enfrentamiento. Se estima en 200.000 el número mínimo de personas asesinadas a causa de la lucha entre 1948-1962.² Según las estadísticas de la ONU para 1960, Colombia ocupaba el primer lugar entre los países del mundo en cuanto hace al número de muertes intencionales: 34,4 homicidios por cada 100.000 habitantes. Sin embargo, esta cifra no es del todo representativa puesto que la fecha de 1960 es también el momento de declinación del conflicto.³ Por sus grandes dimensiones el fenómeno de *La Violencia* ha sido considerado el conflicto armado más intenso de América Latina en el presente siglo, después de la Guerra Civil mexicana.⁴ Existen también algunas similitudes, teniendo en cuenta las diferencias, con las grandes matanzas de la segunda guerra en Europa.

Dos características merecen resaltarse en este proceso social. La primera es el carácter aparentemente «inmotivado» de la oposición política entre los liberales y los conservadores. La división encarnizada de la población del país entre los miembros de un partido y del otro no tenía un fundamento muy claro en los factores económicos, sociales o políticos. Todos los sectores sociales encontraban en cada uno de los partidos un lugar -al menos formalmente- para expresarse y hacerse representar. Las contradicciones entre las clases dominantes encontraban igualmente una representación adecuada en cada grupo, a pesar de las preferencias coyunturales por el uno o por el otro. Los intereses económicos no lograban tampoco servir de fundamento para explicar la división de la población. Y el Esta-

do, muy débil en esta época, no constituyó nunca el lugar de unidad virtual del conflicto, que permitiera ofrecer un fundamento a la lucha política. No obstante, en nombre de las banderas partidistas se desarrolla uno de los acontecimientos más sangrientos y más brutales del siglo XX.

La segunda característica que merece ser resaltada se refiere a las particularidades de los crímenes. A nombre de un partido o del otro, se buscaba la desaparición física del adversario, y la homogeneización política del país. Sin embargo, no se trataba pura y simplemente de hacer desaparecer al enemigo político de un solo golpe, por la vía más expedita. El exceso, la sevicia y la crueldad se convertían en las características más sobresalientes de los crímenes. El cuerpo del adversario era un objetivo privilegiado y el fin mismo de la lucha. Se cortaban los dedos y los pulgares, los miembros, los órganos genitales; se levantaba la piel para dejar morir las víctimas al sol; se hacían pequeños cortes superficiales para dejar sangrar las víctimas lentamente hasta el final. El número de orejas recogidas era la manera de contar el número de muertos y el medio para tener éxito en ser promovido en los escalones militares. La lengua debía ser cortada para impedir que las gentes siguieran gritando vivas a sus partidos. Los crímenes se prolongaban en el tiempo: eran cometidos lentamente para hacer sufrir la víctima, que debía ser consciente hasta el último momento de su propio despedazamiento y el de sus próximos.⁵

Para impedir la reproducción de la «especie política» cuya extinción era el objetivo de la lucha, la mujer del partido opuesto era especialmente perseguida. Todo lo que fuera símbolo de su sexo o de su función en la maternidad era especialmente perseguido en la lucha: los senos, el vientre, los órganos genitales. Los niños eran partidos en pedazos frente a la madre. Muy a menudo los fetos eran arrancados a los vientres y substituidos por un gallo. Según rezaban las consignas de la lucha se trataba de «no dejar ni la semilla», es decir, matar a los niños. Las mujeres eran violadas por las tropas, y después amarradas a los árboles y quemadas frente

a sus maridos a los que se les había cortado previamente los órganos genitales.⁶ Todo ello bajo la idea de hacer homogéneo políticamente el país.

Todas estas descripciones son indicativas de las características del proceso social que se ha llamado *La Violencia* en Colombia. Es necesario decir que la literatura sociológica del país, o la investigación de numerosos investigadores extranjeros, a pesar de algunos logros notables sobre todo en la reconstrucción empírica del proceso, no han producido aún resultados satisfactorios que nos permitan explicar plenamente la más significativa de sus particularidades: *¿por qué a nombre de dos partidos políticos, cuya división carecía de un substrato claro en términos sociales, económicos o políticos se produce un enfrentamiento a muerte entre la población, con todas sus características de sevicia y de crueldad?*

La mayor parte de los estudios consideran que el enfrentamiento bipartidista no es otra cosa que una simple justificación política de la lucha, una especie de "coartada" sin importancia, y se limitan a "contextualizar" el proceso en variables de carácter económico, social o político. Las condiciones económicas, sociales y políticas son elementos fundamentales de causalidad que nos permiten comprender, e incluso explicar, el desencadenamiento y la duración del conflicto; pero no nos dan cuenta de sus "especificidades". Por ello creemos que para hacer inteligibles las "especificidades" de la *Violencia*, es decir, el enfrentamiento partidista que se tra-

duce en hechos e violencia extrema, hay que establecer su relación con el enfrentamiento partidista mismo, es decir, con el espacio social y cultural en que se definen los partidos políticos tradicionales del país.

Los partidos políticos tradicionales han desempeñado desde el siglo XIX un importante papel de socialización, de integración de la sociedad y de mediación de los ciudadanos frente al Estado y a las condiciones generales de la vida social; han cumplido el papel de organizar una unidad simbólica nacional ante la precariedad del Estado; han representado una cierta eficacia cultural e institucional propia; han aportado valores culturales y relaciones simbólicas. Sin embargo estas funciones integradoras y socializantes se llevaron a cabo polarizando la población en dos «subculturas», cuya oposición se expresa de manera abierta y directa, primero en las guerras civiles del pasado siglo, y luego, en *La Violencia* de los años cincuenta. Los mismos elementos que han permitido la integración social son al mismo tiempo condiciones de posibilidad para el despliegue de la violencia.

La *Violencia* es sinónimo de enfrentamiento partidista. El elemento común que permite considerar la *Violencia* como una época definida, y circunscribir la unidad del proceso, es la disputa partidista que se encuentra extendida por casi todo el país, así en cada una de las regiones esté integrada a los más diversos conflictos sociales. Los partidos politi-

2 Paul Oquist, *Violencia Conflicto y política en Colombia*, Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1978, pp. 55-99. Oquist reproduce los cálculos mínimos del número de muertos llevados a cabo a través de una simulación estadística por Carlos Lemoine, y presenta una descripción estadística del fenómeno en otros aspectos. Lo de «cálculos mínimos» quiere decir que las cifras reales de las muertes por la violencia fueron de hecho muy superiores, pero no inferiores a la cifra mencionada.

3 Marvin Wolfgang, y Franco Ferracuti, *La Subcultura de la violencia*, FCE, marzo de 1982, p. 291.

4 Eric J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona, 1983, p. 264.

5 «Es necesario hojear un álbum que reproduzca el conjunto y los detalles de la obra de Jeronimus Bosch para reconocer allí el atlas de las imágenes agresivas que atormentan a los hombres», Jacques Lacan, *L'agressivité en Psychanalyse, Ecrits*, Ed. du Seuil, París, 1966, p. 105. Ahora bien los crímenes de *La Violencia* en Colombia pueden perfectamente enriquecer este atlas.

6 Lacan describe un hecho similar que se presenta a menudo en los grupos militares: «...es a saber el gusto que se manifiesta en la colectividad así formada, el día de gloria que lo pone en contacto con sus adversarios civiles, por la situación que consiste en violar una o varias mujeres en la presencia de un macho de preferencia viejo y previamente reducido a la impotencia, sin que nada permita presumir que los individuos que la realizan se distingan tanto antes como después como hijos o como esposos, como padres o ciudadanos, de la moralidad normal». Jacques Lacan *Fonction de la psychanalyse en criminologie*, en Opus cit. p. 131.



cos ofrecen las referencias concretas de las acciones violentas, los símbolos y las motivaciones inmediatas del conflicto. Los enfrentamientos violentos, los crímenes y

los asesinatos, con toda su sevicia y su horror, se producen precisamente a nombre de dicha división política. Como consecuencia de todo esto, lo que encontramos en la Violencia es que la autonomización de las instituciones políticas con respecto a los otros componentes de la estructura social, ya existente de antemano, se amplifica hasta el extremo.

La oposición partidista no tiene, sin embargo, una explicación posible ni en el campo social, ni en el campo político, ni en el campo económico. Si esta oposición tuviera una explicación en alguno de estos registros, *La Violencia* podría ser explicada en términos sociales, económicos o políticos. Pero no es este el caso. Por el contrario, la oposición política entre liberales y conservadores tiene una autonomía, y un espacio concreto de conformación propio, de la que nos dan cuenta su arraigo en la cultura colombiana y su extraordinaria continuidad histórica desde el siglo pasado. La primera tarea del investigador de *La Violencia* debería ser, entonces, investigar en qué consiste.

No obstante, cualquier hipótesis que se postule como elemento constitutivo de la oposición partidista colombiana, debe tener en cuenta un hecho significativo: la oposición partidista ha tenido como consecuencia el desencadenamiento de la violencia. El hecho de que los enfrentamientos violentos, los crímenes y los asesinatos se producen precisamente a nombre de dicha división política. Por ello, decir simplemente que es en el espacio dominado por los partidos donde se encuentra el espacio concreto de generación de *La Violencia*, no significa mucho, si al mismo tiempo no se formula una hipótesis que permita explicar por qué de la división política se llega al hecho violento; por qué en las características concretas de conformación del bipartidismo colombiano, se encontraban ya conte-

nidos los gérmenes del desencadenamiento del proceso violento de los cincuenta, con toda su sevicia y su crueldad. La hipótesis que explique el campo y la conformación de la oposición política debe, al mismo tiempo, para ser válida, suministrar una explicación de las características de las acciones violentas con toda su sevicia y su crueldad.

La idea que queremos proponer es, entonces, la siguiente. La autonomía, el arraigo en la población, la asombrosa continuidad histórica, la capacidad de movilización, la dinámica de los partidos políticos, y el hecho de que a nombre de sus banderas se desencadene un proceso de violencia con tales características, sólo se explica por el hecho de que las filiaciones políticas se conforman y se reproducen en dos ámbitos sociales: un espacio institucional, que es la familia, y un espacio cultural, definido por la religión.

La familia era el lugar social privilegiado para la reproducción de las filiaciones partidistas, y la religión el espacio cultural que ofrece los elementos simbólicos. Se nacía liberal o conservador según la familia o la región de origen. Y en la medida en que la religión tenía un lugar central en la conformación de la familia, estaba igualmente presente en la estructuración de las filiaciones partidistas. Por esto, la pertenencia a los partidos políticos es vivida como una fe religiosa y que la destrucción de las comunidades y de la familia campesina, y la religiosidad popular, eran factores que daban un impulso inmenso al conflicto. En la medida en que la división política encuentra sus condiciones de reproducción en la religión y en la familia, y no en las grandes contradicciones sociales, la división partidista adquiere una autonomía y una dinámica propia.

Como la conformación de la división política se daba en un ámbito privado de la familia, las identidades partidistas se conforman en el mismo espacio de conformación de las identidades básicas del sujeto humano y se confunden entre sí. El «aprendizaje» de la oposición política liberal o conservador, se lleva a cabo en el marco de las condiciones de la socialización primaria, que consiste en



la construcción de las identidades más fundamentales que definen un ser humano y lo diferencian del animal. Dicho en otros términos los colombianos han aprendido a ser liberales o conservadores en el mismo espacio, y en el marco de las mismas relaciones, en que han aprendido a relacionarse con su cuerpo, a integrarse al lenguaje, a asumir la diferencia de los sexos, y a ingresar a la lógica de las generaciones (asumir un nombre). Por consiguiente, los «complejos familiares»⁷ estructurantes de la familia estaban, pues, en la base de la conformación de las filiaciones partidistas. Como consecuencia de ello las identidades familiares se integran y se proyectan a la vida política y se convierten en un substrato de las identidades políticas, con las cuales establecían un compromiso ineludible. Los partidos políticos constituían entonces el resultado de la proyección ampliada de un modelo familiar a la vida política.

La única posibilidad de entender sociológicamente por qué se llevan a cabo esta clase de crímenes en nombre de las banderas partidistas es a partir de la hipótesis de la familia como elemento de mediación en la conformación de las identidades partidistas. En la Costa Atlántica, donde existía un bipartidismo tan generalizado como en el resto del país, no hubo violencia en los años cincuenta. Y la razón muy probablemente está en que allí la familia y la religión no desempeñaban el mismo papel de elementos de conformación en las identidades partidistas. En el interior del país, por el contrario, lo que se juega en la división partidista no es solo una dimensión estrictamente política, sino las identidades básicas que constituyen el sujeto humano y que se conforman en el espacio familiar.

Cuando las identidades políticas se ponen en cuestión, por razones de diversa índole, como ocurre en *La Violencia* de los años cincuenta, la expresión de esa crisis, o de esa desintegración de las identidades partidistas, es el crimen tal como lo co-

nocemos en esta época, debido a que lo que se juega en la división partidista no es sólo una dimensión estrictamente política, sino las identidades básicas que se conforman en el espacio familiar. Los crímenes de *La Violencia* son el resultado de la desintegración de una oposición partidista que se construye en el mismo espacio de conformación de las identidades básicas del ser humano y expresan las «tensiones criminales incluidas en la situación familiar»,⁸ ya que estas son, al mismo tiempo, los factores estructurantes de la pertenencia a los partidos políticos. La puesta en cuestión de la identidad partidista se convierte, entonces, en la puesta en cuestión de la identidad del sujeto como ser humano; y el drama se resuelve a través del crimen.

La primera de las identidades básicas que tiene que asumir un individuo para ingresar en el mundo humano tiene que ver con la conformación de una imagen de la unidad funcional de su cuerpo. Según Lacan, el niño pequeño en un momento de su desarrollo, en que aún se encuentra por debajo de la inteligencia instrumental de un chimpancé, «reconoce sin embargo su imagen en el espejo» o, en otros términos, asume como precondition fundamental de su desarrollo posterior una imagen integrada, orgánica y funcional de su cuerpo, como una entidad unitaria integrada e individualizada.

Al observar las características de los crímenes que se cometen a nombre de banderas partidistas, no deja de llamar la atención que toda la sevicia y el exceso allí presentes no son otra cosa que la «puesta en acto» de la desintegración imaginaria de una de las identidades básicas que se construyen en el marco de la familia humana: la construcción de la imagen de la unidad del cuerpo. Los crímenes expresan toda una fantasmagoría del «cuerpo dividido» y de la

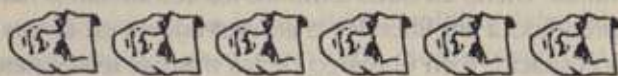
7 Utilizamos esta expresión en el sentido que le da Jacques Lacan en su artículo «La Famille», escrito para el Tomo VII de *L'Encyclopédie française*, y publicado en 1938. (Existe traducción española).

8 Jacques Lacan, *L'agressivité en Psychanalyse, Ecrits*, Editions du Seuil, Paris, 1966, p. 136.

«desintegración agresiva del individuo»,⁹ propia de las primeras etapas de la formación del psiquismo. Algo similar se podría decir de lo que tiene que ver con el ingreso en la diferencia de los sexos: los crímenes están marcados por referencias permanentes a las diferencias sexuales como ya lo hemos mostrado líneas atrás; el ingreso al lenguaje: existe un «lenguaje» propio de *La Violencia*; y la lógica de las generaciones: asumir una identidad o una «misión» en la sucesión familiar frente a la «muerte del padre»; como veremos más adelante. A partir de esta analogía, es posible entonces pensar que el origen de las identidades partidistas que motivan los crímenes se encuentran en el ámbito de conformación de las identidades básicas.

Esta triple relación (familia, religión, partido) representa una perspectiva no estudiada con relación a la dinámica del bipartidismo, y a la violencia colombiana. El problema central, pues, que abriría la puerta a una respuesta nueva sobre el origen y el sentido de *La Violencia* en Colombia, años cincuenta, es el estudio de la conformación simbólica que opera en el marco de la forma de *socialización primaria* que hemos considerado como el origen del bipartidismo. Las cuatro identidades básicas, que se desarrollan en el espacio de la familia, tienen en común el hecho de que se refieren todas a la conformación simbólica del ser humano. Al analizar la oposición política encontramos que hereda de los «complejos familiares» una relación social de exclusión, fundamento sobre el cual se produce la conformación de lo simbólico, es decir, la irrupción de una mediación. Y la teoría psicoanalítica de la paranoia, como veremos un poco más adelante, puede hacer un aporte inicial para su comprensión. Consideramos que a partir de este tipo de análisis se puede explorar un

punto de vista nuevo y hasta el momento totalmente desconocido por la investigación.



ZARPAZO: OTRA CARA DE LA VIOLENCIA

La Violencia no tiene un comienzo ni un final que se pueda identificar con un acontecimiento político o de cualquier otra índole. Comienza a presentarse alrededor de los años 1946-1947 y el 9 de abril de 1948, día en que las turbas exaltadas destruyen a Bogotá como consecuencia del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, no constituye más que un momento de un proceso que ya se había iniciado. Hasta 1949 *La Violencia* se desarrolla en las ciudades y en el escenario de la política nacional; desde este momento se comienza a desplazar a las zonas rurales, y las ciudades funcionan más bien como «zonas de refugio».

*“el origen de las
identidades partidistas
que motivan los
crímenes se encuentran
en el ámbito de
conformación de las
identidades básicas.”*

Frente a la atrocidad de los enfrentamientos, los sectores dominantes del país comienzan, a partir de 1952, a tomar medidas para detener un conflicto que al principio ellos habían estimulado o, al menos, dejado pasar sin oposición. El arraigo de la lucha en las culturas populares, y la autonomía que tomaba de un día al otro, amenazaban seriamente la estabilidad política del país. En estas condiciones tuvo lugar en 1953 un «golpe de estado» militar promovido por los sectores dominantes de los dos partidos. El Gobierno militar instalado en el poder en junio de 1953 tiene éxito en detener el conflicto aproximadamente en la mitad del territorio tomando medidas como la amnistía para los hombres en armas, y una política de reintegración de las zonas afectadas a la vida del país.

Después de algunos meses de apaciguamiento del conflicto comienza de nuevo en algunas regiones, sobre todo en aquellas consagradas al cultivo del café y caracterizadas especialmente por su tradicionalismo. Frente a esta situación los líderes de los partidos políticos se ponen de acuerdo en 1957 para crear un pacto para compartir el poder durante 16 años a partir de 1958. Esta medida logra detener aún más los enfrentamientos. A partir de ese momento los guerrilleros que continuaban obstinadamente la lucha pierden toda la cobertura de las instituciones, y no pueden actuar bajo la protección, o a nombre de los partidos.

Así comienza el fenómeno que ha sido conocido con el nombre de la época del «bandolerismo» (1958-1965). Los antiguos miembros de grupos armados, que actuaban a nombre de los partidos, se convierten ahora en «bandoleros», puesto que han perdido el apoyo y la representación de sus partidos. Se trata de las últimas repercusiones de *La Violencia* y de los últimos vestigios de la época que ha sido descrita. Para el Gobierno, los «bandoleros» son aquellos que no quisieron reintegrarse de nuevo a la vida institucional del país. Por estas razones se puede comenzar a impulsar a través del Ejército, y con el apoyo de una gran parte de la opinión pública, una lucha a muerte y de exterminio de los tropas de «bandoleros». En ese momento ya no se trataba de buscar la integración de los actores de la violencia, como en el momento de las amnistías o de la firma del pacto del Frente Nacional, sino por el contrario, de destruir y de abatir por la vía de la represión militar, y de la exterminación física, los últimos reductos de *La Violencia*.

El país vive en este momento una especie de «amnistía implícita» bajo la cobertura de una gran ajuridicidad: el perdón y el olvido para los crímenes anteriores, y la lucha a muerte contra los que se

segúan obstinando en la violencia. La utilización de la fuerza substituyó los mecanismos del Derecho. Se trataba simplemente de buscar los «bandoleros» allí donde se encontraran, con el solo fin de hacerlos desaparecer. El Gobierno daba todo su apoyo y ofrecía grandes sumas de dinero a los colaboradores. La contradicción entre estos procedimientos y las normas del derecho no planteaba problema alguno.

Es en este contexto histórico donde se inscribe nuestro tema de análisis. Muchas de las gentes que habían participado en *La Violencia* escriben sus memorias, cuentan sus recuerdos, o tratan de analizar el fenómeno. En el Ejército igualmente muchos oficiales, con el apoyo de sus jefes, escribieron libros que llegaron a ser muy conocidos en la literatura sobre el tema. Pero, entre todos los textos escritos por actores de violencia que hemos consultado, el más importante de todos sin lugar a duda, al lado de *Balas de la ley*, de Alfonso Hilarion, que describe la mentalidad de la policía «chulavita», *Las Guerrillas del Llano* de Eduardo Franco Isaza, o *Lo que el cielo no perdona* de Fidel Blandón Berrío (o Ernesto León Herrera) que nos cuenta las vicisitudes de la resistencia liberal, es el del oficial del ejército Evelio Buitrago Salazar, llamado:

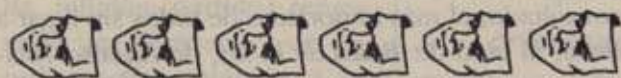
«ZARPAZO. OTRA CARA DE LA VIOLENCIA. MEMORIAS DE UN SUBOFICIAL DEL EJERCITO DE COLOMBIA»

En este libro, el autor narra su participación en la lucha desde 1955, momento en que su padre es «asesinado por *La Violencia*». El suboficial Buitrago nos cuenta la historia de su ingreso al Ejército y de cómo llega a infiltrarse, haciendo parte de los servicios de inteligencia militar, en las tropas de un «bandolero» llamado Zarpazo, para destruir desde adentro la banda, asesinando a sangre fría a sus

9 Jacques Lacan, «Le stade du miroir comme formateur de la fonction du Je telle qu'elle nous est révélée dans l'expérience psychanalytique», Opus cit. pags. 93 y 97.

«compañeros». Logra así tener éxito en exterminar físicamente a estos personajes, los «bandoleros» que, a raíz de la muerte de su padre, se habían convertido en sus grandes enemigos, y cuya desaparición era el único fin de su vida.

El Presidente Guillermo León Valencia le otorga en 1965 la Cruz de Boyacá, en grado de Comendador, como reconocimiento por su colaboración en la campaña oficial de exterminio de los «bandoleros».¹⁰ Más tarde es nombrado como agregado militar en la Embajada del Perú. Y el Ejército publica sus «Memorias», que son traducidas al inglés, y se convierten en un manual de instrucción para los jóvenes soldados, hasta el momento en que los oficiales descubren el «gran error» de haberlas difundido, y se recoge la edición.



VIOLENCIA Y PARANOIA

Según nuestra opinión (que se va a tratar de demostrar en las líneas siguientes) este libro puede constituir un buen punto de partida para estudiar *La Violencia*, desde el punto de vista del problema psicoanalítico de la paranoia ya que ofrece, por sus mismos rasgos estilísticos, algunas posibilidades de las quisiéramos sacar provecho para el análisis. El libro no es una novela en la cual el autor cuente la historia de los otros sino la narración de su propia vida, de las motivaciones a partir de las cuales se compromete en la lucha y de la interpretación que produce de ella.

No es posible psicoanalizar una sociedad; sólo es posible hacerlo a un ser que hable y entienda. Por este motivo, el aporte del psicoanálisis a la teoría y la investigación sociológica se mueve dentro de marcos limitados. Las hipótesis que se pueden construir desde la teoría psicoanalítica sólo se pue-

den formular a partir de aquellas formas de manifestación de los fenómenos sociales que sean susceptibles de una interpretación psicoanalítica. Y precisamente las narraciones construidas por actores sociales que han intervenido directamente en procesos de violencia y que han escrito sus «memorias», representan un campo por excelencia de aplicación posible del psicoanálisis, y de integración de perspectivas sociológicas y psicoanalíticas.

El principal aporte de la teoría de la paranoia para el estudio de *La Violencia en Colombia*, años cincuenta, es que nos permite descifrar la lógica del bipartidismo colombiano. No se trata, es importante repetirlo muchas veces, de que podamos dar cuenta del bipartidismo a partir de la teoría de la paranoia o de que tratemos de ver cómo encontramos en *La Violencia* hechos que nos confirmen la teoría, sino que la teoría de la paranoia, como instrumento de trabajo, puede permitirnos la posibilidad de hacer al bipartidismo y a la Violencia, años cincuenta, preguntas nuevas, que no se habían hecho antes, o descubrir hechos inéditos no inmediatamente visibles a la observación. No olvidemos que los hechos son «mudos», no hablan por sí mismos. La teoría, como «saber pasado y provisional», es la posibilidad de «poner a hablar los hechos», en una forma nueva, a partir de nuevas preguntas.

La teoría de la paranoia nos permite describir la estructura del acto violento. No todo mecanismo paranoico implica un acto violento; pero todo acto violento tiene como fundamento un mecanismo paranoico. Tomada desde este punto de vista la paranoia no es simplemente una entidad clínica, descrita por psiquiatras o psicoanalistas, sino una teoría que nos da cuenta de un componente constitutivo de las relaciones sociales. La invitación es a buscar en la constitución paranoica del ser humano, la fuente de explicación de la violencia.

La concepción más generalizada en las ciencias sociales afirma que la violencia es el reino de lo «no social» -un «por fuera», «externo»- en contraposición excluyente con «lo social»: las sociedades se constituyen en el momento en que tienen éxito en excluir

la violencia, lo no social; o a la inversa, la violencia aparece en el momento en que los lazos sociales se rompen. En contraposición con esta idea, la teoría de la paranoia es un punto de partida para entender que la agresividad y la hostilidad son elementos tan constitutivos de la vida social como la interdependencia y la sociabilidad; y que, por consiguiente, la aparición de la violencia es una eventualidad siempre presente como posibilidad efectiva en la vida social.



cimiento y su definición misma. Ante esta carencia, las identidades sociales tienden a encontrar su fundamento en la contraposición inmediata de los actores; el «otro» aparece en una forma directa, asume la figura de un «otro» absoluto, radicalmente distinto y extranjero, que, ante la ausencia de mediación, es al mismo tiempo el semejante, «el mismo que yo», mi ima-

Una *relación social de reconocimiento* se define por la existencia de un espacio abstracto e impersonal, trascendente a los actores implicados en una relación social dada, que se constituye en la mediación fundamental de su relación. De esta manera la identidad, la imagen de sí y la imagen del adversario, no depende de una relación inmediata y directa con él, sino de la mediación de dicho espacio simbólico, que en consecuencia hace posible el reconocimiento de las diferencias, y su solución por una vía distinta a la anulación o a la desaparición del otro.

La paranoia, por el contrario, consiste en la anulación relativa del elemento simbólico, del espacio que es constitutivo de las relaciones de recono-

cimiento y su definición misma. Ante esta carencia, las identidades sociales tienden a encontrar su fundamento en la contraposición inmediata de los actores; el «otro» aparece en una forma directa, asume la figura de un «otro» absoluto, radicalmente distinto y extranjero, que, ante la ausencia de mediación, es al mismo tiempo el semejante, «el mismo que yo», mi imagen especular en las múltiples figuras del «doble».¹¹ Frente a ese «otro», en su doble calidad de «extranjero» y «semejante», se tiende a establecer una relación en la cual se distinguen los contornos de un «adentro» y un «afuera», marcados por la lógica de la presencia o la ausencia total, el todo o nada, que lo convierte en fuente radical y absoluta de hostilidad, hasta el punto de que el enfrentamiento con él sólo se puede resolver por su aniquilamiento o desaparición ante «la inexistencia de un «tercero», o de normas generales, de validez por sí mismas, establecidas de antemano». Siguiendo a Lacan, este tipo de relación responde a una lógica excluyente y permutable, «una especie de tú o yo entre el sujeto y el objeto»; que responde a una lógica excluyente que se puede definir en los siguientes términos: «si eres tú, yo

10 Esta medalla es la más grande distinción que el país otorga a las gentes que han hecho algo importante, a los visitantes extranjeros notables, etc. En la misma época fue otorgada por ejemplo al General Charles de Gaulle, cuando visitó el país en calidad de Jefe de Estado.

11 Para la comprensión de este tipo de relación el lector puede remitirse a una serie muy vasta de referencias literarias, entre las cuales pueden destacarse: «El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde» de Robert L. Stevenson (ver en particular la parte final «Declaración completa de Harry Jekyll acerca del caso»); y «El doble» de Dostoievski. Existe al respecto una excelente monografía de Otto Rank, «Don Juan y el doble». De Freud se puede consultar «Lo Siniestro» y «Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito».

no soy. Si soy yo, eres tú quien no eres.¹² La permutación de las identidades, y su carácter excluyente, hace que la agresividad sea un componente fundamental de este tipo de relación, y que las diferencias y los conflictos se resuelvan por la negación o la destrucción del «otro».

Por ello, lo que está en juego en la paranoia es el drama de la alteridad, de la construcción de la propia identidad y del significado correlativo del «otro» como un «otro» distinto a mí. La paranoia es precisamente la dificultad de definir al otro, como destinatario simbólico de una relación social. Como consecuencia, ese otro asume la figura de un doble especular, es decir, es la representación de mí mismo. La lógica paranoide de la exclusión es posible en la medida en que ese «otro» no es propiamente otro, provisto de atributos que lo diferencian claramente de mí, sino mi propia imagen, el reflejo de mí mismo. La relación social que la paranoia describe no está basada en las diferencias de los actores sino en sus similitudes.

La teoría de la paranoia nos enseña que la hostilidad, la agresividad y la violencia son función de las similitudes de los actores y no necesariamente de las diferencias, como lo proclama la sociología convencional. Las diferencias funcionan como coartada, o como construcción *ad hoc* que hace posible el acto, pero no serían, desde este punto de vista, la determinación fundamental del acto violento. La anulación o la destrucción del otro en cualquier plano que sea —moral o físico— es posible en la medida en que se logre revestir al otro de unos atributos que son también los propios. Y desde este punto de vista, la destrucción o la anulación del otro, recae

igualmente sobre mí; es también mi propia destrucción o anulación.

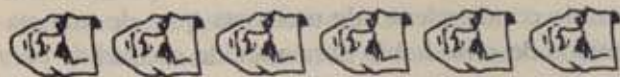
Desde un punto de vista gramatical se podría decir que un acto violento es un acto transitivo reflejo. La acción del sujeto (victimario) es transitiva en la medida que recae sobre un objeto, víctima, o paciente; pero, a su vez, es una acción refleja que recae sobre el propio sujeto. El sujeto del acto violento es a la vez agente y paciente, sujeto y complemento de la acción que ejecuta: «Has vencido y me entrego —dice el personaje el cuento William Wilson de Edgar Allan Poe—. Pero también tú estás muerto desde ahora... muerto para el mundo, para el cielo y para la esperanza. ¡En mí existías... y al matarme, ve en esta imagen, que es la tuya, como te has asesinado a ti mismo!».

Por estas razones, la teoría de la paranoia nos permite tener una luz nueva sobre la lógica de *La Violencia*, y del enfrentamiento bipartidista, que es su definición misma. Hemos mostrado que la división partidista de aquellos años no tiene un fundamento claro en elementos de carácter económico, social o político. Esta idea, expresada de otra manera, quiere decir que no son las diferencias entre los actores las que determinan que a nombre de los partidos se desencadene una lucha a muerte con toda su sevicia y su crueldad, sino precisamente las similitudes entre ellos. En sus modalidades concretas, *La Violencia* es, de una forma predominante aunque no exclusiva, una lucha fratricida entre campesinos. El campesino de una vereda persigue y combate a muerte hasta destruirlo al campesino de la vereda del frente, con el que comparte sus mismas condiciones de vida, la misma marginali-



dad, la misma miseria, el mismo analfabetismo, la misma ignorancia. Existe una dimensión horizontal de la lucha que escapa al hecho de ser simplemente un resultado instrumental de una política dirigida intencionalmente por las clases dominantes del país. Y sobre este aspecto específico la teoría de la paranoia puede hacer un aporte analítico notable.

Este tipo de análisis se puede hacer extensivo a otro tipo de textos similares, producidos en la misma época y en condiciones parecidas. Y un trabajo de esta naturaleza podría ser una de las vías más expeditas para renovar el estudio de *La Violencia* en Colombia, años cincuenta, y para obtener de paso respuestas a la violencia que hoy nos agobia.



EL LIBRO COMO TESTIMONIO

Freud consideraba que la paranoia constituía una afección clínica que caía por fuera de las llamadas neurosis de transferencia (la neurosis obsesiva y la histeria) y pertenecía más bien al orden de las psicosis, en el marco de la clasificación nosográfica en boga en la época. La paranoia se encontraba por fuera de las posibilidades del tratamiento psicoana-

lítico porque era prácticamente imposible establecer una relación de transferencia, -que es la clave y el instrumento de "intervención" en el marco de una relación analítica- con el sujeto paranoico, ya que éste remite todo a sí mismo, en un delirio sistemático y completamente cerrado, refractario a la crítica, a la experiencia y al fracaso, y donde hay de antemano una interpretación para todo.

Sin embargo, por aquella época había aparecido un libro publicado por un ex magistrado de la Corte que, a raíz de una grave «afección nerviosa» había escrito sus memorias, para comunicar al mundo la «experiencia vivida». Su nombramiento como presidente de una corte judicial le había significado una «recaída nerviosa», y vivir una «experiencia excepcional», que él mismo se toma el trabajo de presentar en un libro de más de 300 páginas (incluidos los anexos). Según el sujeto, Dios lo había escogido para engendrar a través de él una nueva humanidad, misión para la cual se requería su transformación en mujer. El libro cuenta las peripecias vividas en esta «situación excepcional», ajena a la «cotidianidad» de la gran mayoría de los mortales. Freud encuentra en este documento la ocasión propicia para desarrollar el tema de la paranoia, ya que sus propios pacientes no le suministraban los datos necesarios.¹³

12 «... toda relación imaginaria se produce en una especie de tú o yo entre el sujeto y el objeto. Es decir -si eres tú, yo no soy. Si soy yo, eres tú quien no eres-. Es allí donde el elemento simbólico interviene. Sobre el plano imaginario, los objetos se presentan siempre al hombre en relaciones evanescentes. El hombre reconoce allí su unidad, pero únicamente en el exterior, y en la medida en que reconoce su unidad en un objeto, se siente con relación a éste en desarraigo». Jacques Lacan, «Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychoanalyse», Editions du Seuil, Paris, 1978, p. 201.

13 Siegmund Freud, «Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia («Dementia paranoides») autobiográficamente descrito», En *Obras Completas*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1976, pp. 1487-1528.



El doctor Daniel-Paul Schereber, el célebre paranoico analizado por Freud, escribió también sus *Memorias de un neurópata* para dar testimonio.¹⁴ Cuenta haber estado abandonado a «una relación atentatoria contra el orden del universo», que se habría anudado entre él y Dios, y que se sentía obligado a compartir. En una carta dirigida al Señor Profesor Flechsig, su médico, se excusa de mencionarlo («Yo no tengo de manera alguna la intención de atentar contra vuestro honor» (pag. 11)), porque él debe contar necesariamente lo que ha vivido: «Yo no persigo con mi trabajo más que el fin único de hacer avanzar el conocimiento de la verdad en un dominio eminente, el dominio religioso» (pag. 11).

Estas experiencias «no faltarán de aportar el más alto fruto entre el resto de la humanidad» (Pag. 11). Todo en la persona del Doctor Schereber es testimonio de las «cosas sobrenaturales» que le fueron reveladas porque se trata de cosas «que no se dejan expresar en ninguna lengua humana, en tanto que ellas depasan el entendimiento humano» (pag. 19). Su experiencia «nace de los límites del conocimiento humano» (pag. 19). Cree haber «alcanzado una verdad» de más cerca que «aquellos que no recibieron en participación las revelaciones divinas» (pag. 19). El está allí, completamente disponible, para que las «autoridades competentes puedan venir a hacer verificaciones sobre su cuerpo y constatar las vicisitudes» que ha pasado (pag.9).

La lectura que Freud y Lacan han hecho de este texto nos ha enseñado a reconocer que el delirio es perfectamente el esfuerzo del sujeto por ser reconocido. Schereber, «aislado por su experiencia, experimenta la necesidad de ser reconocido por su delirio».¹⁵ La experiencia que él nos cuenta es la del «mundo imaginario» de sus relaciones con Dios; del asesinato de su alma y de la nueva humanidad que nacería si él se convirtiera en la mujer de Dios. Los «límites del conocimiento humano» son, pues, una frontera que se alcanza en el momento en que es posible anular o excluir un orden simbólico, y logra irrumpir en un «universo primario», caracterizado por el predominio de unas relaciones imaginarias, don-

de la relación entre el «yo» y el «otro» se juega en la lógica de la exclusión, y en la cual la afirmación de la identidad de uno tiene como condición la anulación de la identidad del otro.¹⁶ Esta «experiencia» constituye, pues, la fuente de su testimonio.

Como ocurre con todo paranoico, el libro de nuestro sujeto es escrito para dar testimonio. Su narración responde a la necesidad de ser reconocido. Nos cuenta la vivencia que él ha tenido de *La Violencia* y reclama para ella, de parte del lector, el reconocimiento o la reprobación.

En la experiencia que el sargento Buitrago nos quiere comunicar se trata también de la «vivencia» de otro «mundo imaginario», como es el de *La Violencia*. El autor comienza por mostrar que él ha tenido conocimiento de una cosa que «de una manera o de otra» había permanecido escondida para las gentes. Todo el mundo, obviamente, sabía muy bien lo que era «*La Violencia*» en aquella época. Sin embargo, lo que el sargento Buitrago confiesa haber visto es «otra cara», como el nombre del libro lo indica. El estuvo «cara a cara» con ella, porque su participación en la lucha no estuvo solamente limitada a las acciones militares como soldado, sino que fue a la montaña para enrolarse en las tropas de los «bandoleros» y simuló ser «un bandido de más» como los otros. Y es precisamente la «otra cara» de esta doble experiencia, la «dimensión escondida» que él quiere revelar en el libro.

Su propia identidad se vio fragmentada. Aún haciendo parte del Ejército el sargento Buitrago simula ser un bandido como los otros en el seno de los bandoleros, y como tal recibe nuevos nombres. Se le llama el «zarquito», o Tiro o Pelusa. Muchas veces se hace pasar por otro: una mujer, Zarpazo mismo, Don Jaime (un comerciante de telas), un bandido llamado Tarzán. Deja así muy a menudo su propia identidad para convertirse en otro. Y de esta experiencia en el mundo de la «inestabilidad fundamental propia al equilibrio imaginario del yo al otro», para decirlo en términos de Lacan, él quiere dar testimonio.¹⁷ La otra cara de *La Violencia* es, pues, la otra cara de esta alteridad que está muy bien ex-

presada en las múltiples identidades que nuestro sujeto asume en su temeraria empresa de venganza.

Pero hay una segunda relación «doble» entre *La Violencia* y el personaje. El ha sido víctima de *La Violencia* pero al mismo tiempo su verdugo. Esta *Violencia*, es la misma que mató a su padre, que arruinó su patrimonio, nos dice el autor; pero él ha sido uno de los únicos que logró enfrentarse a los criminales, que mató con su propia mano: «Yo he conocido la Violencia», nos dice, «la conozco por experiencia, he rastreado sus pasos, he seguido sus senderos llenos de sangre y me he detenido con angustia ante su obra devastadora señalada por escombros, ruinas (sic) y por cenizas». Y agrega: «Mi brazo, por qué no decirlo de una vez, castigaba a monstruos que se bastaron de víctimas...» (pag. 11).

Y en la medida en que el sujeto está atrapado en la fragmentación imaginaria de su identidad,¹⁴ está también atrapado en la agresividad que es correlativa a toda identificación especular, construida en la lógica de la exclusión, como resultado de la anulación relativa de un espacio tercero, externo e impersonal, cuya existencia es precisamente lo que nos define el sentido de lo simbólico. La segunda fuente del testimonio que el autor nos ofrece es, pues, esta experiencia de la «concurrency» y de la «rivalidad primitiva», resultado de la relación alienante y excluyente del yo-tú que no tiene otra salida que la destrucción del otro, ante la imposibilidad de encontrar un espacio alterno de reconocimiento: el crimen, la violencia, la agresividad primordial. Por ello, el libro que analizamos es un documento

que nos ofrece elementos para comprender la problemática del homicidio paranoico.

No obstante, y muy a pesar de todas las fragmentaciones de la identidad que el libro va a mostrar, y la presencia permanente de una relación imaginaria de exclusión, como «la otra cara de *La Violencia*», la narración comienza con la afirmación de un «yo soy»: «Soy sargento Segundo del arma de artillería», nos dice. Cuando va a dar una imagen de sí mismo, apela al Ejército para encontrar allí el fundamento de su identidad. Es lo que se puede llamar según Lacan, la *meconnaissance essentielle de la folie*: «si un hombre que se cree un rey es un loco, un rey que se cree un rey no lo es menos».¹⁵

Hay que observar que se trata de una forma muy particular de construir una imagen de sí mismo. En el libro, aún en contra de su propia opinión, el autor va a contar la historia de la oscilación de su identidad entre la definición de sí mismo que le ofrece el Ejército, y la que proviene de la tropa de bandidos. Por ello tiene la necesidad de afirmar muy fuerte una de sus identidades, la del Ejército, para negar la segunda. Pero las dos caras de su identidad están estrechamente imbricadas la una en la otra. Arroja por fuera la realidad de *La Violencia*, y se define a su manera, en un «yo soy», negación de la alteridad. El «yo soy», es la manera a través de la cual el sujeto asume una posición de exterioridad con relación al mundo de *La Violencia*, en el cual y a su pesar, él está atrapado hasta el fondo, como es evidente por toda la narración que aparece en el libro. A la manera de «la ley del corazón» de Hegel,

14 Tal como se ha descrito en la Introducción de esta segunda parte del trabajo.

15 Jacques Lacan, «Les psychoses», *Séminaire III*, Editions du Seuil, Paris, 1975, p. 90.

16 Remito al lector una vez más a la Introducción de este texto.

17 Es el yo en tanto que función imaginaria, instaurado en una dualidad interna del sujeto (un «yo especular»), lo que allí se expresa (Lacan); es también la «relación con el doble» tal como es presentado profusamente por la literatura, y desarrollado por Freud en su artículo «Lo siniestro».

18 Lacan utiliza la expresión «La bascule du désir», para referirse a la identificación con otro, que no es otra cosa que la proyección de mi propia imagen, o sea que es yo mismo. *Séminaire I*, Ed. du Seuil, Paris, 1975, p. 185.

19 Jacques Lacan, *Propos sur la causalité psychique*, En *Ecrits*, Editions du Seuil, Paris, 1966, pp. 170-172.

el sujeto opone «su ser» y «el desorden del mundo», y no reconoce en este «desorden del mundo» una expresión de sí mismo.²⁰

No obstante, después de haber dado un fundamento a su identidad en la frase: «Soy Sargento Segundo del arma de artillería» en la línea siguiente agrega: «Mi divisa es negra como la boca de los obuses». Su pertenencia al Ejército, que da una cierta referencia simbólica a su acción y a sus homicidios, va a encontrar, sin embargo, su expresión en la figura completamente imaginaria de su emblema: la boca y la muerte.²¹ Su emblema simbólico de soldado lleva en sí mismo el carácter expresivo e inmediato del terror.

Buitrago está pues completamente comprometido en una experiencia de «la rivalidad» y de «la concurrencia primitiva» de orden imaginario, muy a pesar del esbozo de un orden simbólico que le da su pertenencia al Ejército. El libro es el testimonio de este «mundo imaginario» que es la experiencia vivida que nuestro sujeto dice haber tenido de *La Violencia*. El quiere comunicar sus conocimientos, con el fin de que sus compatriotas conozcan el reverso de la medalla, nos dice, la analicen y den su veredicto. El está totalmente convencido de la importancia de su experiencia, y de la significación que puede tener para los otros. Los testigos privilegiados de su discurso son Dios y la Patria, que van a recomendarlo o a castigarlo, según nos lo recuerda.²²



LA VENGANZA COMO DELIRIO DE REIVINDICACIÓN

La historia comienza en el momento cuando el autor, aún en el corredor del colegio, recibe la noticia de que su padre -propietario de una pequeña finca en las zonas de *La Violencia*- ha sido víctima de un asalto por parte de los «bandoleros» y se encuentra en peligro de muerte. Sin decir nada a nadie, toma de inmediato la decisión de dejar sus es-

tudios para estar al lado de su padre. Demasiado tarde porque éste ya había muerto. Pero antes de morir había escrito una carta a sus hijos donde señalaba claramente los nombres de los asesinos:

El autor se toma todo el cuidado necesario para describir las características de la vida que llevaba hasta ese momento: su familia era corriente y media; su padre, para garantizar la educación de sus hijos, trabajaba en una pequeña finca; su madre se ocupaba de los oficios del hogar; él era un joven estudiante de bachillerato en un colegio de la ciudad donde vivía con su padre y su madre. El asesinato de su padre transforma todo de una manera inmediata. El sargento Buitrago, para resaltar la significación y la importancia de un acontecimiento que cambia radicalmente el rumbo de su vida, se toma el trabajo de señalar la fecha exacta del suceso: «Un primer lunes del mes de agosto del año de mil novecientos cincuenta y cinco, [su padre] se dirigió a la feria mensual de Génova a comprar unas vacas lecheras. Optimista, como siempre, trotaba en un buen caballo, sin imaginar que al regresar de la feria, cinco sujetos le dispararían todas las balas de sus revólveres» (pag. 16). En el principio, pues, hay un perjuicio sufrido; un daño que ha trastornado sus expectativas y transformado de un solo golpe el desenvolvimiento de su vida. En ese preciso momento el sujeto se encuentra atrapado por el «delirio».

Buitrago no aplaza el momento de ir a buscar los responsables del asesinato: ni el entierro de su padre, ni la presencia de las autoridades policivas o militares, ni la preocupación por arreglar los asuntos propios de los funerales, logran detenerlo. Sus propias expresiones lo sustentan: «Juzgando que poco ganaría permaneciendo junto a los restos queridos, no me esperé al entierro. Sabía quénes habían sido los gavilleros. (...) Por eso cinéndome el revolver y apretando el papel acusador, «me enmonté» para perseguirlos» (pag. 16). En este contexto formula la frase que se convertirá en el único fin de su vida durante 10 años, como la continuación de la narración lo confirma: «Yo los encontraría. Mediría mis fuerzas con los bandidos, me vengaría».

Buitrago se consideraba capaz de realizar por sus propias manos el asesinato de los asesinos de su padre. Las autoridades militares no le inspiraban mucha confianza. Nada podía garantizarle que el inspector y los comisarios de policía llegaran a aclarar el delito y, sobre todo, a matar a los asesinos, que era su verdadero interés. Durante quince días y quince noches permanece en el monte, de finca en finca, escondido entre los árboles de café en un acecho constante, a la búsqueda de los culpables.

En los días siguientes a la muerte de su padre encuentra a los asesinos. Con la colaboración del Ejército logra matar a los tres primeros; posteriormente, y por su propia mano, mata dos asesinos más; el autor intelectual del asesinato de su padre es eliminado igualmente por un primo suyo. Para justificar el hecho de hacer justicia por su propia mano, sin esperar la acción de las autoridades constituidas, el autor se limita a decir que practica a su manera la autodefensa. Se podría decir entonces que la venganza estaba completamente realizada, y que nuestro sujeto podía regresar a su vida habitual.

Sin embargo, no es éste el desarrollo de la historia. El deseo de hacer justicia por su propia mano ya se ha tomado el espíritu de nuestro sujeto y se ha convertido en una idea obsesiva. Toda su vida se convierte a partir de ahora en una lucha constante

por ayudar a las gentes que habían sido víctimas de *La Violencia*; por hacer volver de nuevo la paz a su país; por «hacer reinar la justicia sobre la tierra»: «cuál era la importancia de mi vida si yo la jugaba por vengar tantos sacrificados», nos dice.

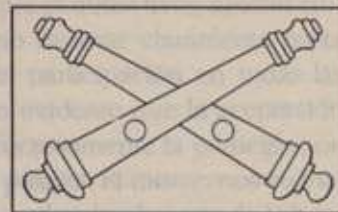
Poco a poco llega a la idea de que la forma más adecuada para realizar sus propósitos es el ingreso al Ejército: «Yo deseaba con ardor ser un soldado para perseguir los bandidos, capturarlos y matarlos...» (pag. 19). En el Ejército encuentra un medio completamente adecuado para la realización de sus propósitos: «Deseaba, de corazón, vestir el uniforme de nuestro Ejército, portar las armas de la República». Quería continuar la guerra que había llevado Bolívar contra los enemigos de la libertad; pero ese enemigo ya no era el mismo: «Otro enemigo, feroz en su clandestinidad, estimulado a veces, por compatriotas obnubilados, amenazaba la estabilidad de las instituciones patrias. Lucha peligrosa, cruel, contra adversarios sanguinarios y analfabetas...» (pag. 19).

Cuando ingresa al Ejército, la idea obsesiva de venganza ya se ha convertido en el único fin de su vida y comienza a enriquecerse con interpretaciones nuevas. Ya no se trataba simplemente de vengar a su padre, sino también de tomar el partido de todos los que habían sido víctimas de *La Violencia*

20 G.W.F. Hegel, *La phénoménologie de l'esprit*, Tomo I, Aubier, Paris, 1977, pp. 302 y siguientes, «La loi du coeur et le délire de la presumption».

21 Cf. los análisis que hace Lacan de la boca en la interpretación del sueño de la Inyección de Irma, *Le Séminaire*, Livre II, Editions du Seuil, Paris, 1978, pp. 177-204.

22 Citamos aquí algunas frases sacadas de la presentación que el autor hace de su libro: «Soy sargento Segundo del arma de Artillería. Mi divisa es negra como la boca de los obuses. Soy un artillero y el sabor del arma está en mi sangre. Por eso repito con emoción: DEBER ANTES QUE VIDA! Y cuando visto el uniforme y los cañones cruzados lucen en mi guerrera, camino a prisa, la frente en alto, convencido de la importancia de mis jinetas. Hace diez años que sirvo bajo banderas; dos lustros en que el destino me colocó cara a cara con la violencia. La conozco por experiencia; he rastreado sus pasos, he seguido sus senderos llenos de sangre y me he detenido con angustia ante su obra devastadora señalada por escombros, ruinas y por cenizas. Es más: para cumplir la tarea que me encomendaron mis superiores, me fui para el monte y simulé ser bandolero. Sé de la violencia y de sus horrores, que me recuerdan el espantable dicho de los antiguos: «La mordedura de la serpiente no alcanza a dañar a la serpiente; sólo el hombre es lobo para el hombre». He vigilado en las carpas del Ejército y he sido centinela en las carpas de los forajidos... Mi brazo, por qué no decirlo de una vez, castigó a monstruos que se hastiaron de víctimas... Conozco la violencia que se llevó a mi padre, devoró a mis tíos y mermó mi heredad. Soy, por último, uno de tantos militares, a quienes correspondió poner el pecho a los militares. Aquí están mis memorias, ceñidas a la verdad. Las publico para que mis compatriotas conozcan la otra cara de la medalla, la analicen y dicten su veredicto. Si de algo sirven, que Dios y la Patria me lo premien y si no, que El y Ella me lo demanden». Evelio Buitrago Salazar, «Zarpazo» Otra cara de la violencia *Memorias de un suboficial del Ejército de Colombia*, s.f., pp. 11-12.



y de los «bandoleros». Su deseo de ser soldado no tenía otra motivación que la de continuar la venganza con los medios que el Ejército podía ofrecerle, teniendo en cuenta que las condiciones de la época, descritas en la primera parte, eran favorables a sus proyectos, y le permitían integrarse en las actividades de exterminio de los bandoleros sin mayores reparos, ya que eran bien vistas por la opinión pública nacional. En este sentido el autor muestra claramente cual era la motivación de su ingreso al Ejército: *«Yo que había visto cadáveres insepultos de campesinos, enfurecido por la injusticia, anhelaba ser ya soldado para seguir a los cuadrilleros hasta prenderlos o hasta matarlos. (...) Que importaba mi vida, si la jugaba valientemente para vengar a tantos sacrificados...?»* (pag. 19).

Poco a poco los ideales altruistas comienzan a aparecer y a remplazar los impulsos de venganza: *«Yo aspiraba a colaborar aún más para devolver de nuevo la paz a mis compatriotas; «Mi brazo no descansará hasta el día en que la paz de Dios regrese a mi Patria»*. Las reflexiones sobre la vida de los compatriotas que sufrían por *La Violencia* o por la patria colombiana; las preocupaciones por la suerte de las víctimas de los «bandoleros»; las lamentaciones por los soldados y los militares muertos en la lucha, son ritornelos que aparecen en muchas ocasiones en el texto. De esta manera la idea obsesiva de venganza toma a los ojos de nuestro sujeto un valor cada vez mayor. La pertenencia al Ejército le ofrece la posibilidad de encontrar buenas razones para construir una «novela justificatoria» de sus actos.

Después de algunos meses de entrenamiento militar, el joven soldado tiene éxito en hacerse reconocer por su valor y su temeridad en el combate. Rechaza todos los trabajos en que no se encuentre frente a sus enemigos los «bandoleros». Sin tener aún un gran conocimiento de las tácticas militares y del manejo de las armas, participa como voluntario en todas las expediciones militares en las que tuviera la posibilidad de enfrentar a los «bandoleros» y participar en su exterminio. Su muerte se había convertido en el único fin de su vida.

Por su éxito como soldado obtiene el traslado al servicio de inteligencia militar, que era un cuerpo especializado encargado de misiones secretas, y que se infiltraba en la población civil. Sin tener necesidad de utilizar los uniformes militares gracias a sus «funciones especializadas» comienza a disfrazarse con los vestidos propios de los «bandoleros»: los cabellos largos, las patillas, el pantalón de campesino, la ruana. A partir de ese momento toda su actividad oscila entre la doble identidad de ser un miembro del Ejército, o de hacerse pasar por otro, sea por su vestimenta, sea por sus actividades. ¿Se trataba simplemente de una táctica militar? ¿Cuál es el tipo de relación que el sargento Buitrago tiene con sus propios enemigos, que le hace posible jugar a estos «desdoblamientos»?

Haciendo parte del servicio de inteligencia militar, el autor toma contacto con la tropa de un «bandolero» muy conocido, jefe de una de las principales bandas armadas de la región, quien lo recibe en su tropa como un bandolero más, sin tener ninguna sospecha de su pertenencia a los servicios secretos del ejército colombiano. El jefe de la tropa, llamado Zarpazo, se va a convertir en el símbolo mismo de su odio y de su lucha: el libro, es bien interesante resaltarlo, lleva su nombre.

El sargento Buitrago comienza a compartir la vida cotidiana de la banda, a participar en las exacciones y en las incursiones armadas. El autor nos cuenta la forma como la banda prepara los genocidios y las matanzas; las extorsiones a las que el jefe sometía los campesinos ricos de la región para garantizar el mantenimiento económico del grupo; las violaciones que hacían, las costumbres en el interior del grupo: el alcohol, las mujeres, el juego; las características de las relaciones entre ellos; etc.

Hay que observar que el autor tiene mucho cuidado, obviamente, en no mostrar claramente hasta dónde llegaba su propia participación en todas las actividades. Pero es bien evidente que la aceptación en el grupo significaba forzosamente la participación en las matanzas y en los pillajes. El mismo nos cuenta que cuando un nuevo miembro hacía parte de la ban-

da su fotografía era dejada sobre los cadáveres de las víctimas para denunciarlo y comprometerlo frente al Ejército; de esta manera el «bandolero» tenía miedo de ser reconocido por los servicios de inteligencia y prefería permanecer bajo la protección del grupo. Para entrar en la banda era necesario pasar por un ritual de iniciación consistente en poner a prueba el valor, la temeridad y sobre todo la capacidad para el crimen y la falta de escrúpulos para hacer toda clase de cosas. Estas razones nos muestran lo que la participación en los grupos de bandoleros significaba para sus miembros, y lo que probablemente había significado también para el sargento Buitrago.

La idea obsesiva de venganza no se detiene, pues, frente a ningún obstáculo. Es asombroso observar el carácter desmesurado de los riesgos que asume con el único fin de exterminar a sus terribles enemigos, los «bandoleros». En el ejército él era siempre el primero en ofrecerse como voluntario para participar en las matanzas de los bandoleros; sus disfraces lo colocaban en una situación muy peligrosa en caso de ser descubierto, pero el ingreso en la tropa de Zarpazo era el colmo del valor. En la época de *La Violencia*, la entrada en una banda significaba una posibilidad muy segura de no retorno, teniendo en cuenta, por ejemplo, que la muerte era el precio pagado por la deslealtad o por la fuga y que la delación se castigaba con la cortada de la lengua. Y en general se encuentra en el texto de Buitrago una descripción minuciosa del carácter suicida de los riesgos que se atreve a afrontar; lo que es capaz de hacer para llevar a cabo su venganza, o para realizar sus ideales «altruistas», ilustra supremamente bien la fuerza que sus ideas tenían para él.

Buitrago aprovecha la vida en la montaña para «conocer y estudiar» las costumbres de la banda, pero también muy especialmente para matar a sangre fría a



sus compañeros sin despertar sospechas, en los momentos de negligencia o gracias a la confianza de los jefes. Participa en misiones de las que regresa solo; persigue a los que se alejan de los lugares conocidos para matarlos lejos de la mirada de sus compañeros; etc. En el primer combate contra el ejército en que participa comienza su trabajo de exterminio de la banda. El

había sido escogido como centinela, con dos compañeros, para anunciar la llegada de la tropa oficial. Da la orden a sus «colegas» de colocarse en un lugar adecuado, mientras él conservaba una distancia estratégica. En el momento de la llegada de los soldados descarga su arma sobre sus compañeros, que no lo esperaban. Creyendo que habían caído en una emboscada, Zarpazo, el jefe, y su banda, toman la fuga y nuestro personaje con ellos. Buitrago aprovecha de la huida para matar a otro de sus nuevos amigos que permanecía atrás. Cuando la banda se reúne de nuevo al final de la jornada en un lugar seguro el jefe hace el balance de su tropa: faltaban cuatro. Su desaparición fue cargada a la cuenta de la acción del ejército sin la menor sospecha sobre el nuevo miembro de la banda.

En el momento de la llegada de nuestro personaje a la tropa de Zarpazo ésta tenía 22 miembros, además del jefe. En el momento de su huida la tropa estaba reducida a solamente ocho personas. El había logrado eliminar 13 «bandoleros» por su propia mano; otro había huido y el restante había sido dado de baja por el Ejército. En las semanas que siguieron a su fuga de la banda de «bandoleros», Zarpazo le hace perseguir, sin éxito, para matarlo. Los perseguidores, sus antiguos compañeros, caen bajo las balas del suboficial Buitrago, que logra eliminar cinco más. El balance final fue de sólo cuatro sobrevivientes, entre ellos el jefe.

Si se hace la cuenta de todos los bandoleros que el autor confiesa haber matado durante la épo-

ca de su participación en la lucha, se llega a la cifra de 72 personas asesinadas, 23 de ellas por su propia mano fuera de combate, 46 en las acciones con el Ejército, y 2 para las cuales contribuyó indirectamente a su muerte. La suma total no es del todo despreciable, pero lo que es más importante de subrayar son las condiciones en las que los homicidios fueron cometidos.

Con el paso de los días su situación se vuelve cada día más difícil de sostener, hasta el momento en que la necesidad de escapar aparece inevitable. Se le designa como el comandante de una expedición que debía atacar los soldados que llevaban las provisiones para sus compañeros. Antes de la llegada de los soldados aprovecha de una negligencia de sus cinco «colegas» de expedición para matarlos, huir y regresar al campamento militar.

De regreso a la ciudad el sargento Buitrago continúa con sus actividades al servicio de la inteligencia militar. Despojándose de su identidad de miembro de la banda de Zarpazo, que ya no podía mantener, comienza a encontrar nuevos disfraces. Como un comerciante de telas recorre los pequeños pueblos en su búsqueda infatigable de los «bandoleros». Algunas veces se le ve con los vestidos de una mujer. Se hace pasar también por el mismo Zarpazo. En los lugares frecuentados por las bandas armadas y por la delincuencia común pasa por uno de ellos gracias a los múltiples disfraces utilizados. Los propios jefes de las bandas lo contratan para hacer «pequeños trabajos». La doble vida que lleva le permite continuar el trabajo de exterminio de los hombres que eran el objeto de su «odio» y de su «persecución».

En los últimos meses de su actividad los perseguidos no son sólo los bandoleros. Comienza a ampliar los objetivos de su labor, a lo que se tiene la costumbre de llamar «la delincuencia común». La historia termina por la distinción que el gobierno le da como el «precio por sus modestos servicios», según dice él mismo. El momento de recibir la cruz de Boyacá es considerado por el autor como el «instante supremo de su vida profesional». Además confiesa haber soñado ya con la obtención de esta distinción, cuando estaba en la montaña.



LA FRAGMENTACIÓN DE LA IDENTIDAD

«La muerte del padre» ocupa un lugar central en la vida de nuestro sujeto, y es el lugar de causalidad fundamental para el desencadenamiento de toda la serie de venganzas y de homicidios, ya que es a partir de este momento preciso cuando comienzan a tejerse los hilos de la historia. «La muerte del padre» está presente de un extremo al otro del texto, y es el punto de referencia fundamental de toda la narración.²³

Las reacciones de nuestro sujeto con relación a «la muerte del padre» son claramente expresivas de lo que es «la función del padre»²⁴ en su vida. El sujeto no puede construir una interpretación a partir de la cual pueda integrar en su psiquismo un acontecimiento de tanta trascendencia. Una mediación simbólica está totalmente excluida: la no asistencia al entierro²⁵ indica ya el rechazo a la posibilidad de

23 Utilizamos la expresión «muerte del padre» (entre comillas) no para referirnos a un acontecimiento en particular sino a una entidad, a una categoría psicoanalítica. Al respecto se puede consultar a Freud en *Totem y Tabú*, el punto IV.

24 La «función del padre» (entre comillas) es también una expresión utilizada en el sentido explicado en la nota anterior. Esta es la expresión utilizada por Lacan en el seminario *Las formaciones del inconsciente* (mimeo).

25 «Cada vez en efecto que nosotros encontramos un esqueleto lo llamamos humano si está en una sepultura. ¿Qué razón podría haber allí para meter ese despojo en un recinto de piedra? Es necesario ya para eso que se haya instaurado todo un orden simbólico, que comporta el hecho de que un señor haya sido el señor Untel en el orden social necesite que se lo indique sobre la piedra de las tumbas. El hecho de que él se haya llamado Untel depasa de por sí su existencia vital. Eso no supone ninguna creencia en la inmortalidad del alma, sino que su nombre no tiene nada que ver con su existencia viviente, la depasa y se perpetúa más allá». Lacan, «Le Séminaire», Le livre III, París, 1975, p. 111, Ed. du Seuil.

asumir simbólicamente la significación del padre muerto, en la trama de un complejo trabajo de duelo. Por el contrario, el sujeto la asume en el orden de lo real y su reacción inmediata es un paso al acto: si el padre ha muerto es necesario, a su vez, perseguir y matar a aquellos que lo han asesinado. El sentimiento inconsciente de culpa, asociado a un hecho de esta naturaleza, cede su lugar a la angustia y a la reacción en el nivel de los hechos mismos: la venganza y el homicidio toman el relevo de los procesos inconscientes de orden simbólico.

Las reacciones de nuestro sujeto pueden resumirse en tres puntos: el paso al acto, el alistamiento en el Ejército, y el ingreso en la banda. Todo ello en el marco de una anulación simbólica de su identidad que cede el paso al predominio de las relaciones imaginarias y excluyentes entre un «yo» y un «tú» que se expresa por la fragmentación de la identidad, la identificación con los bandoleros, y el predominio de la lógica perseguido-perseguidor.

En un primer momento, nuestro personaje asume con prisa y dedicación la empresa de matar uno a uno los asesinos de su padre. Las pulsiones asesinas y agresivas predominan sobre la posibilidad de construir una identificación al objeto perdido, propia al trabajo del duelo. El alistamiento en el ejército, como ya lo hemos señalado repetidas veces, es la posibilidad de continuar el homicidio paranoico a través de los medios que el ejército le ofrece. De

esta manera puede además construir una identificación delirante con su función en el Ejército: *«soy suboficial del ejército colombiano, a mucha honra!»*; *«mi divisa es negra como la boca de los obuses»*. El discurso del ejército es también el punto de partida para construir

una interpretación delirante de su actividad, como lo mostraremos más adelante.

No obstante, el rasgo más significativo de la reacción de nuestro sujeto frente a la muerte de su padre es el tipo de relación ambivalente que establece frente a los «bandoleros» que son para él, al mismo tiempo, sus grandes enemigos (los asesinos de su padre y por extensión todos aquellos que se dedican a actividades similares en el contexto de la época); pero también sus principales referencias de identificación.

En el origen de su compromiso con la lucha y la campaña de exterminio de los «bandoleros» hay un doble desplazamiento: su primera reacción es matar a los asesinos de su padre; pero una vez terminada esta empresa se trata de acabar con «los bandoleros» en general. Al principio se trata de una idea restringida de venganza que se convierte poco después en una idea altruista de ayudar a las gentes que han sido víctimas de *La Violencia*. Estos dos desplazamientos están en el origen de toda su lucha y corroboran claramente la omnipresencia de la muerte de su padre como el punto central de explicación de los hilos de la historia.

No obstante, hay que observar también que existe una relación de identificación entre el sargento Buitrago y sus enemigos, los «bandoleros», que llegan a convertirse en la expresión de la duplicidad de su propio yo, en el cuadro de la relación imaginaria que ha llegado a ser predominante, y que orienta su vida después de la muerte de su padre. Utilizando las expresiones de la tragedia de Hamlet, «y abusando un poco del psicoanálisis silvestre» se podría decir que los «bandoleros» homicidas de su padre han hecho algo que «corrobor» sus propias tendencias o fantasías inconscientes. Pero a diferencia de Hamlet que cae en el delirio como consecuencia del conocimiento que ha obtenido de quien es el asesino de su padre pero vacila ante la venganza,³⁶ nuestro sujeto se identifica con los «bandoleros», da un «paso al acto» inmediato, y consagra su vida a perseguir la alteridad de su propio yo que ellos representan. Su venganza adquiere así la ca-



racterística de ser una forma de autopunición pero por persona interpuesta: las matanzas de «bandoleros» no son otra cosa que la destrucción de sí mismo; sus enemigos son su propia imagen refleja.

Este tipo de relación que establece nuestro sujeto con sus «enemigos», los «bandoleros», podría explicarnos el carácter suicida de su actividad de exterminación, y el carácter inaudito de los riesgos que asume. La razón estaría dada por el hecho de tratarse de un trabajo de auto-destrucción. Trataremos de encontrar en el texto mismo algunas referencias que nos permitan sustentar esta idea.

Sabemos que el psicoanálisis es la posibilidad de leer, de escuchar y de interpretar el sentido que aparece precisamente en aquello que carece de sentido²⁷: los sueños, los actos fallidos, los lapsus, los desórdenes propios de la remembranza, los caprichos de la asociación libre.²⁸ En la narración de Buitrago hemos encontrado un pequeño error, un *lapsus*, que es extraordinariamente expresivo de la relación del sujeto con los «bandoleros», y del tipo de identificación que construye con ellos. Allí se expresa toda la problemática del doble imaginario y el carácter excluyente de la relación imaginaria: tu o yo.

En el capítulo XX del libro («Uno de más en la banda de Zarpazo»), el autor narra cómo llegó a enrolarse en la banda a través del contacto con el propietario de una finca situada en su zona de acción. Este personaje, que en la historia se hace pasar por tío de nuestro sargento, había estado sometido a extorsiones por la banda y en consecuencia se prestaba a cooperar con el ejército como informante. Buitrago se hace pasar por un joven estudiante de derecho que visita a su tío en su pequeña finca y allí encuentra a Zarpazo y a su grupo. Sin mayores dificultades, el jefe «bandolero» lo enrola en su tropa.

Al llegar a la banda, Buitrago explica muy claramente que la banda estaba compuesta por 22 hombres, sin contar el jefe, es decir, un total de 23 personas. Con la entrada de nuestro sujeto el grupo alcanza la cifra de 24 miembros. A medida que el sargento comienza la matanza de sus nuevos «amigos», nos va ilustrando progresivamente en las cuentas de los «bandoleros» que aún quedan vivos pero, en lugar de tomar como punto de partida el número 23, toma el número 24, es decir, se considera en efecto como «uno de más en la banda de Zarpazo». Al Capítulo XXII por ejemplo, donde cuenta la primera gran matanza que realiza en la banda, da el nombre de «*Veinticuatro menos cinco diez y nueve*». El Ejército había dado de baja a uno de los miembros y él de su propia mano había matado a cuatro de sus compañeros. De una manera totalmente ingenua, es decir, sin sospechar la contradicción en que incurre al contarse él mismo como un bandolero de más, el autor hace el balance de la jornada en los términos siguientes: «*La jornada había sido de provecho. De veinticuatro bandoleros, solamente quedaban diecinueve*» (pag. 61). Lo dice tranquilamente sin tener en cuenta que se incluye a sí mismo como si se tratara de un «bandolero» de más que debía igualmente desaparecer.²⁹

Para describir a los «bandoleros», objeto de su odio y de su persecución, utiliza muchas expresiones: las fieras, los desnaturalizados, los espíritus diabólicos, las bestias feroces, las encarnaciones del demonio, gentes que no tienen respeto ni por Dios ni por el diablo, etc. En el capítulo IV el autor hace de sus «enemigos» la presentación siguiente: «*Lo cierto es que aparecieron los bandoleros, sujetos dedicados al pillaje, al robo, al asesinato, al secuestro, al chantaje; individuos sin ideales, sin sentimientos,*

26 Si a todo hombre damos su merecido ninguno escaparía a una paliza

27 LACAN, «L'instance la lettre dans l'inconscient ou la raison depuis Freud», en *Lacan Ecrits*, Editions du Seuil, Paris, 1966.

28 LACAN, «Variantes de la cure-type», en *Lacan Ecrits*, Editions du Seuil, Paris, 1966.

29 Interesante observar que el único bandolero cuya vida nunca está en cuestión es el propio Zarpazo.

colocados por voluntad propia al margen de las leyes divinas y humanas. (...) Conocedores del terreno, burlaban la acción de los militares, y utilizaban la emboscada con precisión. Ayudados por el miedo de las gentes a quienes tenían amenazadas en sus vidas y haciendas, se enseñorearon de fértiles comarcas, cobraron tributos, robaron mujeres y dieron muerte a quienes trataron de oponerse a sus pretensiones. (pag. 15).

Pero en ciertos momentos no puede esconder la admiración que le causan por su valor, su estrategia militar, su disciplina, su mística de trabajo, etc. Nos cuenta igualmente cuales eran sus ocupaciones en los momentos de ocio: la lectura de novelas del oeste americano, del FBI y de toda clase de cuentos policiales; las películas de guerra o de asuntos policiales. De estas ocupaciones él dice haber sacado «enseñanzas de gran valor para sus acciones personales», pero también modelos que expresan perfectamente su actitud frente a la valoración moral de sus actos: *«¿Cómo envidiaba, entonces, a los pistoleros, buenos o malos, por la rapidez con que manejaban sus revólveres en la pantalla! Si todo lo que el cine mostraba era pura ficción, yo estaba dispuesto a volverlo realidad»* (pag. 42).

Para corroborar esta «confusión» de identidades, se puede observar igualmente la falta de solución de continuidad entre el estilo de narración del texto antes del ingreso a la banda, y posterior a él, cuando comenta sus nuevas actividades. Los «bandoleros» son tomados más o menos en el mismo nivel que los soldados; para referirse a su nuevo jefe lo hace bajo el nombre honorífico de «mi nuevo comandante». El libro es escrito con la intención de proporcionar una información a los jóvenes soldados sobre el funcionamiento logístico del ejército y la lucha en las montañas, pero tomando como protagonistas a los «bandoleros». El soldado y el «bandolero» se confunden. Por ambos expresa la misma admiración porque se trata precisamente de figuras permutables la una por la otra. Todo ello corrobora la confusión que el sargento tiene frente a su propia identidad.

En este sentido no hay que olvidar el nombre del libro, que expresa toda la problemática a la que hemos hecho mención. Su título expresa ya una relación fundamental de exclusión, característica del mundo imaginario en el cual el protagonista está encerrado: *«Zarpazo. Otra cara de la violencia. Memorias de un sub-oficial del Ejército de Colombia»*. Su identidad oscila entre dos extremos: de un lado Zarpazo, del otro, el suboficial del Ejército de Colombia; el uno excluye la presencia del otro, pero son figuras intercambiables. Si se tratara efectivamente de las memorias de un suboficial del Ejército de Colombia, el libro no debería llevar el nombre del más emblemático de sus enemigos. El mecanismo paranoico del perseguido-perseguidor se expresa claramente allí.

En una primera mirada al libro se podría pensar que la historia de Zarpazo es su tema central, pero no es así. Los capítulos en que aparece Zarpazo no son más que una pequeña parte de un conjunto más vasto. No obstante todo está centrado alrededor de este personaje como «doble especular» del protagonista. En un pasaje de la narración el autor confiesa que hubiera querido consagrar la obra al soldado colombiano, con un título alusivo a su valor, pero que «algo» lo obligó a cambiar de título: *«En reconocimiento de sus méritos, quise titular esta obra HEROES SIN NOMBRE, como tributo de admiración a su anónima pero siempre varonil actuación; pero otro libro me tomó la delantera y me arrebató el título que venía como anillo al dedo»* (pag. 33).

La idea misma de la otra cara de la violencia es perfectamente expresiva de la relación imaginaria de exclusión, central en su historia. La otra cara tiene dos vertientes: el primero, la fragmentación de la identidad, que lo lleva a hacerse pasar por otro, por un bandolero de más y que es la historia que quiere contar. Pero la «otra cara de la violencia» es también el mundo de la violencia vivido por un actor directo que, como él, perteneció a las bandas de los «bandoleros».

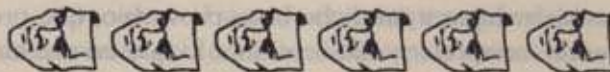
Este tipo de identificación con el adversario es también el fundamento de la fragmentación de la

identidad a la que hemos hecho ya mención. A lo largo del texto, el autor nos muestra las múltiples identidades que asume. En la banda de Zarpazo recibe muchos nombres. Estos desdoblamientos constituyen uno de los aspectos más dignos de resaltar en el texto.

El mecanismo paranoico del delirio de persecución es otro de los componentes fundamentales del texto. Hemos ya mostrado cuáles eran las costumbres en la tropa de Zarpazo: se trataba de un «mundo concurrencial», donde ninguna norma tenía validez, y donde la muerte era la amenaza constante como castigo a la transgresión. En un pasaje de su narración el sargento nos cuenta la manera como asesina a uno de sus compañeros, y las reflexiones que lleva a cabo previamente al homicidio, observando su víctima mientras se bañaba desnudo en un río. «Veterano de la banda organizada por Zarpazo», en cualquier momento, esa mano que en aquellos momentos jugaba con el agua, podía disparar el arma para acribillarme o lanzar la granada para mutilar inocentes soldados o desventurados parroquianos» (pag. 72). Es clara la forma como el autor da expresión a su delirio persecutorio: «Yo debo matarlo en cuanto él puede matarme», que recuerda a su vez la célebre formulación de Freud: «Yo no lo amo, lo odio, porque me persigue».³⁰

El mismo mecanismo paranoico del delirio de persecución se encuentra detrás de la idea de ser víctima y verdugo de La Violencia. La primera presentación que hace el autor de sí mismo, se inscribe en esta lógica. El perseguido: «Yo conozco La Violencia que mató a mi padre, asesinó a mis tíos y arruinó mi heredad»; el perseguidor: «Yo soy uno de los militares que afrontaron a los criminales... Mi brazo, hay que decirlo, castigó a los monstruos que se saciaban de víctimas». Esta es una más de las parejas imaginarias del texto, inscritas en una lógica de la exclusión.

30 Ver análisis que hace Freud del caso Schreber. Cfr. supra.



LA PARANOIA BAJO LA FORMA DEL SENTIDO COMÚN

Si bien es muy evidente que en las *Memorias* del suboficial Buitrago la reivindicación, la venganza, y la necesidad de la disputa, aparecen como las características centrales del comportamiento de nuestro sujeto, no es menos cierto que las «tendencias interpretativas» no están por ello menos presentes. El libro no es solamente la descripción de unos sucesos, sino también la propuesta de una interpretación. Las tendencias interpretativas se manifiestan en su propia estructura significativa, en el estilo mismo que se utiliza para dar cuenta de las acciones.

El lector del libro se puede seguramente sentir asombrado por la constante aparición de dichos y proverbios, tomados de muy diversas fuentes: el uso popular, autores conocidos, la propia inventiva del autor. A pesar de que la narración del libro se caracteriza por el predominio de un realismo en la descripción, y de que todo allí pretende ser informativo, el autor agrega a las descripciones que hace de su lucha la repetición constante de dichos y de proverbios tomados del uso común, a la manera de Sancho Panza, en la novela de Cervantes, que apela de una manera permanente a las pequeñas frases tomadas de su entorno, para sustentar sus opiniones. Todos los capítulos están encabezados por un epígrafe que pretende dar cuenta de lo que se describe en él y en el cual el autor presume sintetizar lo que va a ser expuesto, o resaltar al menos un aspecto. Cuando no encuentra el dicho apropiado, lo inventa colocando entre paréntesis algunas palabras. La descripción de sus actividades militares se encuentra muy a menudo con un alto en el texto,

para dar lugar a un dicho o un proverbio, que pretende interpretar y dar sentido a lo que en ese momento está exponiendo.

Hemos recogido los dichos y proverbios del texto y los hemos clasificado en cuatro grupos de acuerdo con su origen:

En primer lugar están los proverbios que son tomados del discurso de un autor conocido; se trata de frases ya consagradas en el medio cultural en que es escrito el libro. Algunas veces una frase que el mismo autor ha inventado es atribuida a alguien considerado una autoridad. Estos son los dichos menos numerosos, pero pueden sin embargo mostrarse algunos ejemplos, indicando en cada caso a quien es atribuida la frase, sea cierta o no su procedencia: «La existencia es el primer bien; el segundo es la manera de existir» (Bolívar); «El hombre es un lobo para el hombre» (Plauto); «Sálvanos, oh Dios del Universo» (La Biblia); «Escucha los consejos y acepta la instrucción para hacerte sabio en tus empresas» (La Biblia, Libro de los Proverbios).

En segundo lugar tenemos los dichos que son tomados del uso popular, que son muy conocidos y utilizados por las gentes de su entorno: «Ganar el pan con el sudor de la frente»; «Camarón que se duerme se lo lleva la corriente»; «El que manda manda, y las penas con pan son buenas»; «Zapatero a tus zapatos»; «El que se casa quiere casa y pan para su casa»; «La justicia cojea pero llega»; «El tiempo es oro»; «Al que madruga Dios le ayuda»; «El hombre propone y Dios dispone»; «El que quiere besar busca la boca»; «El que quiere gozar, debe ver, escuchar, pero callarse»; «A grandes males grandes remedios»; «Divide y reinarás»; «De médico, poeta y loco, todos tenemos un poco»; «El que golpea primero, golpea dos veces»; «Las apariencias engañan»; «Ladrón que roba ladrón, tiene cien días de perdón»; «Año nuevo, vida nueva».

En tercer lugar encontramos un grupo de proverbios cuyo origen es el mismo autor, que los construye adaptados a su propio uso, cuando los necesita. Muchas veces se trata de palabras que pone entre comillas; otras veces de «pensamientos» que se

inventa. De cualquier forma, este tercer grupo nos revela que el autor tiene necesidad de asignar un espacio dentro de su discurso a un alto particular y colocar allí un proverbio. Veamos algunos ejemplos: «Armas?...? Las del enemigo!»; «Cuidado con el perro»; «Tan grande como el mar es tu pena»; «El que tiene enemigos no puede dormir»; «Señor agente, yo no he dicho nada»; «Mi profesión la que se presente».

En cuarto lugar encontramos otra fuente que es altamente significativa desde nuestro punto de vista, como es la cartilla militar. El autor compone sus dichos y proverbios siguiendo las enseñanzas recibidas en su entrenamiento militar; aquellas frases que durante su vida de soldado se vio obligado a repetir muchas veces. Estos son algunos ejemplos: «El cuartel es la universidad del pueblo»; «La espada sirve a la justicia y a la defensa del Derecho»; «En las operaciones contra la guerrilla, la suma de éxitos parciales conduce a la victoria final»; «El valor es preferible al número y la habilidad es superior al valor»; «El honor exige del soldado, más que el martirio, la acción, la lucha, la victoria»; «La guerra es una lucha de intereses que tiene una solución sangrienta»; «En la guerra irregular la iniciativa juega una función primordial»; «Marinos de Colombia, buen tiempo y buena mar».

Una vez constatada esta característica del texto la investigación se debe entonces orientar a la búsqueda de la función que estos proverbios asumen en el texto y su lugar en la economía del discurso.

Nuestra primera respuesta es que los proverbios tienen en el texto la función de «engañar» al lector. Con la utilización de este recurso el autor busca llevar el sentido de sus acciones a una interpretación en el marco del «sentido común», representado aquí por los dichos y los proverbios, a partir de los cuales construye la significación de sus actos. Dichos y proverbios asumen la función de intérpretes de todo lo que ocurre y tienen la función de remitir el sentido de sus actos a la evidencia, de considerar que todo se funda en consideraciones objetivas. Los dichos y los proverbios no serían otra cosa que «la opinión de todo el mundo».

expresada en la «sabiduría popular» de los refranes, a la manera del personaje de Cervantes. La venganza, la búsqueda infatigable de «bandoleros», los numerosos homicidios, son interpretados a través de las frases descritas. De esta manera, todos esos actos no tienen otro sentido que el que el «buen sentido común» puede darles. A través del uso de dichos y proverbios se conforman lo que podríamos denominar el «delirio del sujeto».

Lo anterior puede demostrarse a partir de dos capítulos centrales en la obra. En el número IV, donde describe la muerte de su padre y la reacción inmediata de salir a buscar los culpables, coloca a la cabeza un dicho que dice: «*Camarón que se duerme se lo lleva la corriente*». Esta frase quiere decir que frente a acontecimientos como éste, es necesario siempre obrar de inmediato. Este es el sentido de la frase en la vida corriente. Si tenemos en cuenta que el hecho de colocar una frase como ésta a la cabeza de un capítulo tiene la función de presentar al lector una manifestación condensada de lo que va a ser descrito, se podría entonces afirmar que el sujeto interpreta la muerte de su padre (tema del capítulo) con la frase siguiente: es necesario obrar inmediatamente. De esta manera, la importancia del acontecimiento es desplazado a la evidencia del sentido común, expresada por la frase.

En el capítulo llamado «Veinticuatro menos cinco: diez y nueve», donde describe su primera matanza en la banda de Zarpazo, el sargento coloca a la cabeza del capítulo la frase siguiente: «A grandes males grandes remedios». Con ello quiere justificar la equivalencia entre sus «grandes remedios»: «matar bandoleros» y los grandes males constituidos por la existencia de los «bandoleros». De esta manera sus homicidios a sangre fría caen también en el nivel de lo que es normal y corriente. Existe pues un desplazamiento constante de la significación de sus actos al «sentido común» expresado por los proverbios.

El recurso al sentido común permite establecer una proximidad entre el delirio paranoico de venganza y la vida normal. Es necesario tomar al pie de la letra lo que dicen los autores que tratan de la paranoia; el discurso paranoico tiene relaciones muy estrechas con el discurso corriente, y por consiguiente, engaña. «La paranoia se sitúa sobre el plano de la comprensión», dice Lacan, «y es por ello que es tan difícil de identificar».³¹ En nuestro caso, la dificultad consiste precisamente en que el sargento Buitrago construye su interpretación de los hechos a partir del «sentido común», expresado por dichos y proverbios.

Con respecto al uso de los dichos y de los proverbios una pregunta es necesario formular: ¿quién habla? Partamos de la idea de que nos encontramos frente a una estructura de comunicación, donde hay al menos dos interlocutores. Uno de ellos es un narrador, y otro es la voz impersonal de los proverbios y de los dichos, que responde al impersonal *se*; el sujeto que emite esos proverbios es eminentemente impersonal. En otros términos tenemos un narrador, que establece un diálogo entre las descripciones que va produciendo, y el sentido común representado por unos proverbios. A través de estos, no es el sujeto mismo quien comenta su actividad en primera persona; es otro el que habla a través de los dichos en tercera persona y comenta sus actividades y todo lo que le acontece. Otorgándole a este «otro» la autoridad para interpretar su actividad, el autor del libro se borra en su posición de sujeto que habla.

Por ello, los dictones y los proverbios, tomados como una expresión a través del lenguaje, no tienen la estructura de lo que llama Lacan, una palabra fundadora, en la cual el sujeto que habla constituye al otro (tú eres mi mujer; «tu es ma femme», en el ejemplo de Lacan) y el otro, se constituye recibiendo el mensaje en una forma invertida (yo soy tu esposo: «je suis ton epoux»).

31 Jacques Lacan, *Seminaire III Les psychoses*, Opus cit.

En los proverbios de nuestro texto, no se trata de una reciprocidad entre yo y tú. Por el contrario, tienen la estructura de un delirio. El propio emisor, se borra. Esto quiere decir que no existe receptor tampoco. El emisor y el receptor son la misma persona, el sujeto no recibe su mensaje en una forma invertida, en el plano de una comunicación recíproca. De allí se deriva la significación de la impersonalidad de los proverbios y de la autoridad que el autor del libro atribuye a esta impersonalidad que puede ser traducida con el pronombre de tercera persona «se».³²

Sin embargo, no es suficiente decir que el discurso de la paranoia tiene relaciones muy estrechas con el discurso corriente. Existe en el discurso paranoico un elemento que marca una gran diferencia con el discurso corriente: la economía que se establece en la estructura interna del discurso paranoico. Lo importante no es que tal momento del discurso sea más o menos comprensible (en nuestro caso los dichos y proverbios son perfectamente comprensibles en su significación); lo importante de subrayar es el alto particular en la dialéctica interna del discurso, es decir, la manera como los diferentes elementos tienden a repetirse, a reiterarse, sin integrarse a la estructura de un diálogo y sin encontrar jamás una respuesta. El fenómeno delirante está cerrado a toda forma de composición dialéctica.

En el análisis del caso del Dr. Schreber, Lacan muestra las detenciones de la dialéctica interna del discurso, a partir de dos aspectos: la intuición y la fórmula. El primer aspecto es la construcción de neologismos, de palabras tomadas de «un alemán un poco arcaico», etc. El segundo es el ritornelo, «la fórmula que se repite, que se reitera, que se dice una y otra vez con una insistencia estereotipada».³³

El uso de proverbios y dichos en el discurso de Buitrago puede perfectamente ubicarse en la segunda manera de detener la dialéctica del discurso, tal como lo describe Lacan para el caso Schreber. Cuando se analiza de una forma detallada los proverbios que el autor coloca dentro de su narración, se puede verificar que hay un cierto roto en el

discurso que el autor tiene necesidad de llenar con sus proverbios. No hay a menudo una relación muy clara entre lo que él quiere decir, o está exponiendo, y lo que quieren decir los proverbios. Los dichos y los proverbios tienen la función de llenar un lugar vacío. De una cierta manera se puede decir que los proverbios asumen la misma función que los signos de puntuación (las comas, los dos puntos, etc.) Cuando el autor no logra encontrar en el inmenso arsenal de sus proverbios aquel dicho que necesita, pone una frase entre comillas para no dejar un vacío en el discurso. De esta manera transforma en proverbios frases que no significan nada, como las que hemos clasificado en el tercer grupo.

Este aspecto nos permite mostrar una característica de su delirio expresada aquí por los dichos utilizados. Los proverbios del tercer, y cuarto grupo, es claro que asumen la función de una significación que hace peso en sí misma, que no remite a nada, que es inefable e irreductible, que remite ante todo a la significación en sí misma. Los ejemplos anteriores son altamente elocuentes a este respecto. Esto nos confirma una vez más en la inclusión del caso Buitrago en la paranoia. No hay psicosis sin trastornos del lenguaje.³⁴ El lector no especializado habrá de excusarnos por estos comentarios técnicos.



LA ÉPOCA, EL SENTIDO COMÚN Y LA PARANOIA

La mentalidad convencional del científico social se mueve muy a menudo en los marcos del «realismo ingenuo». Frente a un documento como *Zarpazo Otra cara de la violencia*, se preocupa por llevar a cabo un contraste entre las descripciones del libro y la supuesta «realidad» externa a que hace referencia. Se busca entonces indagar por la existencia efectiva del autor, se «corroboran» sus datos, se apela a otras fuentes para saber, por el contraste

y la comparación, si la información es confiable y verificable. Nadie puede dudar de que éste es un procedimiento legítimo. Pero no se tiene en cuenta que en un caso como éste la principal exigencia no sería propiamente «buscar la verdad del discurso por fuera de él», «la correspondencia entre el concepto y su objeto», a la manera de la teoría tradicional de la verdad, sino mostrar como el discurso es una realidad en sí misma que tiene su propia autonomía o, en otros términos, la manera como el discurso es referente de sí mismo.

A lo largo de estas páginas el lector ha encontrado un estilo de análisis que podría ser considerado como un «estudio de caso» o, en términos psicoanalíticos, el estudio de un «caso clínico». Nos hemos referido a un sujeto con nombre propio y hemos tratado de encontrar en las condiciones de su propia vida la génesis de su conducta. Este tipo de análisis también es legítimo y se podría incluso criticar desde los presupuestos mismos de donde se construye, es decir, colocándose en una perspectiva clínica. No obstante, individualizar el caso no ha sido más que una «coartada» de la que nos hemos servido para acentuar el contraste con otra interpretación. Llegado el análisis a su final, en necesario entonces revelar todas las cartas.

Zarpazo *Otra cara de la violencia*, más que la elaboración realista de la vida de una persona, o la descripción histórica de unos hechos, es una ficción, es el intento de elaborar el «relato» de *La Violencia* años cincuenta. Entre las narraciones directas de *La Violencia* es sin lugar a dudas la mejor, ya que condensa todos los temas que en otros textos aparecen dispersos: la «muerte del padre», la venganza, los protagonistas, el lenguaje, etc. El libro cuenta una historia que es no sólo la historia de lo

que le ocurre a todo el mundo en aquella época, sino también la matriz simbólica o narrativa en que se inscriben los actos violentos tanto de parte de las víctimas como de los victimarios. *La Violencia* no es sólo un conjunto de hechos, sino también una ficción y un mito.

Esta interpretación se puede corroborar por otra vía. Un investigador colombiano de la violencia que entrevistó en una ocasión al sargento Buitrago se quedó impresionado por el bajísimo nivel intelectual del personaje, y a pesar del bajo nivel intelectual del libro, no pudo dejar de concluir que era completamente imposible que el libro hubiera sido escrito por una persona con estas características.

Algo similar podríamos decir aquí. A lo largo de este ensayo hemos partido del presupuesto de que el libro es escrito por una persona concreta, con nombre propio. Y en efecto, la persona que aparece como autora del libro realmente existió, e incluso murió hace algunos años en problemas de narcotráfico. No obstante, el problema es más complejo. A pesar de la importancia que le hemos dado al autor como origen del texto, hay que reconocer que lo que se expone en el libro no corresponde propiamente al discurso de una persona, sino más bien, al discurso de una institución, el ejército, pero sobre todo al discurso de una época. Y este discurso es una excelente expresión del tipo de discurso corriente, habitual de la violencia, que circulaba por aquellos años. Las ideas y las acciones de nuestro sargento, no están necesariamente en contra de «lo razonable», de lo que podríamos llamar la «mentalidad» de la época. Su delirio de reivindicación y de venganza, y sus homicidios, se «disfrazaban» muy bien en el «sentido común» del momento. El «delirio interpretativo» asume, pues, la forma del «sentido común».

32 En términos de Lacan esta idea se podría expresar así, utilizando su terminología: No existe pues un Otro como una A grande. El autor habla en las redes de su mundo imaginario a un otro con una a pequeña, que es él mismo.

33 Jacques Lacan, *Seminaire III Les psychoses*, p. 43-44.

34 Los dichos y proverbios aparecen aquí en el registro de la significación. Siguiendo la interpretación de Lacan de la paranoia, a la frase siguiente: «Lo que no ha logrado tener acceso al orden de lo simbólico, aparece en lo real», puede ser completada con esta otra: «lo que aparece, aparece bajo el registro de la significación». De nuevo excusas con el lector no especializado.

En la presentación de *La Violencia* hecha al principio de este ensayo hemos tenido cuidado de presentar las condiciones de la vida del país en las que se desarrollan las actividades de Buitrago para mostrar la coherencia entre la cobertura institucional que la situación le ofrece y el desarrollo de su espíritu de venganza y de odio. La opinión pública era completamente favorable al exterminio de los ban-doleros, lo que constituía precisamente el trabajo de Buitrago.

Hemos mostrado ya cómo el presidente de la república le otorga la Cruz de Boyacá, en el grado de Comendador, y el honor de ser nombrado en la embajada del Perú. Sus *Memorias* son publicadas por la Imprenta oficial del ejército, y el prólogo del libro es escrito por un representante del ejército que considera que el sargento Buitrago *«personifica el coraje del suboficial colombiano»*, y lo presenta como un ejemplo a imitar: *«En la obra que comentamos, se nos muestra el militar empleando sus armas en defensa de las garantías sociales, tal como lo exigió el Libertador desde San Pedro Alejandrino. Repasad cada escena, cada hoja, y solamente encontraréis al profesional y al soldado raso, ávidos de justicia, cumpliendo con el deber, máxima aspiración de quienes visten con honor el uniforme»* (pag. 6). Nuestro sujeto pasa, pues, por un gran hombre que ha hecho muchas cosas por sus conciudadanos. El libro, pues, no es escrito por un autor, sino que es la expresión del sentido común de una época.

El interés por las violencias actuales ha desplazado el interés por *La Violencia* de los años cincuenta. Los investigadores se preocupan ahora por las nuevas realidades que aparecen en el horizonte, motivados sobre todo por el hecho de que Colombia, desde mediados de la década del ochenta, se encuentra en una situación de violencia de proporciones similares a lo que fue la violencia de los años cincuenta. Una buena parte de la opinión erudita sobre la violencia en Colombia, pasada o

presente, comparte la idea de que existe una discontinuidad radical entre los años cincuenta y la época actual.

Zarpazo, otra cara de la violencia, nos ha enseñado que la violencia hace parte del «sentido» común de la vida colombiana, y en este sentido la continuidad entre la Violencia años cincuenta y las violencias actuales es patente. Y por ello mismo es tan difícil de erradicar.

.....

